

§ 1. La *substancia* es un ser capaz de acción. Es simple o compuesta. La *substancia simple* es la que no tiene partes. La *compuesta* es la reunión de las substancias simples o *mónadas*. *Monas* es una palabra griega que significa unidad o lo que es uno. Los compuestos o cuerpos son multitudes. Las substancias simples, las vidas, las almas, los espíritus son unidades. Es preciso que en todas partes haya substancias simples porque sin las simples no habría compuestos. Por consiguiente toda la naturaleza está llena de vida.

§ 2. Como las *mónadas* no tienen partes no pueden ser formadas ni destruidas, no pueden comenzar ni terminar naturalmente y duran por consiguiente tanto como el universo, el que podrá ser cambiado pero no ser destruido. No pueden tener figuras, de otro modo tendrían partes: y por consiguiente una *mónada* en sí misma y en un momento dado no puede distinguirse de otra sino por' las cualidades y acciones internas, las que sólo pueden ser sus *percepciones* (es decir, las representaciones de lo compuesto o de lo que' está afuera, en lo simple) y sus *apeticiones* (es decir, sus tendencias de una a otra percepción) que son los principios del cambio. Pues la simplicidad de la substancia no impide la multiplicidad de las modificaciones que se deben encontrar juntas en esta misma substancia simple; y deben consistir en la variedad de las relaciones (*rapports*) con las cosas que están afuera. Ocurre como en un *centro* o punto, que por simple que sea, se encuentra en él una infinidad de ángulos formados por las líneas que en él concurren.

§ 3. En la naturaleza todo es lleno y en todas partes hay substancias simples que están efectivamente separadas unas de otras por *acciones propias que cambian continuamente sus relaciones (rapports)*: y cada substancia simple o *mónada* distinta, que constituye el centro de una substancia compuesta (por ejemplo de un animal) y el principio de su *unicidad*, está rodeada por una masa compuesta de una infinidad de otras *mónadas*. Estas constituyen el *cuerpo propio* de esta *mónada* central que representa, según las afecciones de ese cuerpo, como en una especie de *centro*, las cosas que están fuera de ella.

Y cuando ese cuerpo es orgánico forma una especie de autómeta o máquina de la naturaleza, que no sólo es máquina en su totalidad sino incluso en sus más pequeñas partes, las que pueden ser objeto de observación. Y como todo está ligado debido a la plenitud del mundo y como cada cuerpo actúa más o menos sobre cada uno de los demás cuerpos según la distancia y está a su vez afectado por el otro por reacción, se sigue que cada *mónada* es como un espejo viviente o dotado de acción interna, representativo del universo, según su punto de vista y tan regulado como el universo mismo. En la *mónada* las percepciones nacen unas de otras según las leyes de los apetitos o de las *causas finales* del *bien* y del *mal* que consisten en las percepciones notables, reguladas o sin regla: así como los

cambios de los cuerpos y los fenómenos externos nacen unos de otros conforme a las leyes de las *causas eficientes*, es decir, de los movimientos. Así pues existe una *armonía* perfecta entre las percepciones de la mónada y los movimientos de los cuerpos, que ha sido preestablecida de antemano *entre el sistema de las causas eficientes y el de las causas finales*, y en esto consiste el acuerdo y la unión física del alma y del cuerpo, sin que uno pueda cambiar las leyes del otro.

§ 4. Cada mónada, con un cuerpo particular, constituye una substancia viva. De ese modo no sólo por todas partes hay vida, presente en miembros u órganos, sino que incluso se da una infinidad de grados entre las mónadas y unas dominan más o menos sobre las otras. Pero cuando la mónada tiene órganos tan adaptados que merced a ellos las impresiones que recibe poseen relieve y distinción y por consiguiente hay relieve y distinción en las percepciones *que* las representan (como por ejemplo cuando mediante la configuración de los humores de los ojos se concentran los rayos de la luz y actúan con mayor fuerza), entonces puede llegarse hasta el *sentimiento*, es decir hasta una percepción acompañada de memoria.

Esto es, una percepción cuyo eco perdura mucho tiempo para hacerse oír en el momento ,preciso. A ese viviente se lo llama *animal* y a su mónada se la llama *alma*. Y cuando esta alma se eleva hasta *la razón* es algo más sublime y se la incluye entre los espíritus como pronto se explicará. Es verdad que los animales se encuentran a veces en el estado de simples vivientes y sus almas en el estado de simples mónadas, a saber, cuando sus percepciones no son suficientemente distintas para que se las pueda recordar, como ocurre en un profundo sueño sin ensueños o en un desvanecimiento. Pero las percepciones que han llegado a ser enteramente confusas deben volver a desarrollarse en los animales por razones que diré enseguida (ver más adelante el § 12). Así es bueno distinguir entre la *percepción*, que es el estado interior de la mónada que representa las cosas externas y la *apercepción*, que es la *conciencia* o conocimiento reflexivo de ese estado interior, que no puede darse en todas las almas ni siempre en la misma alma. Por no haber hecho esta distinción los cartesianos han errado al considerar que las percepciones de que no nos apercebimos no existen; así como el pueblo considera que los cuerpos insensibles no existen. También es esto lo que ha inducido a creer a los propios cartesianos que sólo los espíritus son mónadas, que no existen las almas de los animales y menos aún otros *principios de vida* y así como han chocado demasiado contra la opinión común de los hombres al rehusarles el sentimiento a los animales, se han conformado demasiado, por el contrario, a los prejuicios del vulgo, confundiendo un largo *aturdimiento*, que proviene de una gran confusión de las percepciones, con una *muerte rigurosa*, en que, cesaría toda percepción. Esto ha confirmado la opinión mal fundada de la destrucción de algunas almas y el pernicioso sentir de algunos pretendidos espíritus fuertes que han combatido la inmortalidad de la nuestra.

§ 5. Existe un enlace en las percepciones de los animales que tiene cierto parecido con la *razón*: pero sólo está fundado en la memoria de los *hechos* o efectos y de ningún modo en el conocimiento de las *causas*. Así un perro huye del bastón con que fue golpeado porque la memoria le representa el dolor que ese

bastón le causó. Y en la medida en que los hombres son empíricos, es decir en las tres cuartas partes de sus acciones, sólo actúan como animales. Por ejemplo, esperamos que mañana salga el sol porque siempre lo hemos experimentado así: sólo un astrónomo lo prevé según la razón; y aun esta predicción fallará, finalmente, cuando la causa del día, que no es eterna, cese. Pero el *razonamiento verdadero* depende de las verdades necesarias o eternas, como son las de la lógica, los números, la geometría, que llevan a cabo la conexión indudable de las ideas y las consecuencias infalibles. Los animales en que no se notan esas consecuencias se llaman *brutos*; pero los que conocen esas verdades necesarias son en sentido propio los que llamamos *animales razonables* y cuyas almas se conocen con el nombre de *espíritus*. Esas almas son capaces de realizar actos reflexivos y de considerar lo que llamamos *yo*, substancia, alma, espíritu, en una palabra, las cosas y las verdades inmateriales; y por eso podemos poseer ciencias o conocimientos demostrativos.

§ 6. Las investigaciones de los modernos nos han enseñado, y la razón lo aprueba, que aquellos seres vivientes cuyos órganos conocemos, es decir, las plantas y los animales, no provienen en absoluto de una putrefacción o de un caos, como han creído los antiguos, sino de simientes *preformadas* y, por consiguiente, de la transformación de los seres vivientes preexistentes.

En las simientes de los animales grandes hay pequeños animales que mediante la concepción adoptan una nueva envoltura de la que se adueñan, que les permite alimentarse y crecer para pasar a un teatro más grande y realizar la propagación del animal grande. Es cierto que las almas de los animales espermáticos humanos, no son razonables y sólo llegan a serlo cuando la concepción destina a estos animales a la naturaleza humana. Y como por lo general los animales no nacen enteramente en la concepción o *generación*, tampoco perecen completamente en eso que llamamos *muerte*. Porque es razonable que lo que no comienza naturalmente, tampoco termine según el orden de la naturaleza. Así abandonando su máscara o sus despojos vuelven a un teatro más delicado en el que sin embargo pueden ser tan sensibles y estar tan bien regulados como en el más grande. Y lo que se acaba de decir de los grandes animales tiene lugar incluso en la generación y la muerte de los animales espermáticos; es decir, éstos constituyen incrementos de otros animales espermáticos más pequeños, comparados con los cuales pueden ser considerados grandes: pues en la naturaleza todo tiende al infinito.

Así pues no sólo las almas sino también los animales son ingenerables e imperecederas: sólo llegan a desarrollarse, envolverse, revestirse, despojarse, transformarse. Las almas nunca abandonan todo su cuerpo y no pasan de un cuerpo a otro que

les resulte enteramente nuevo. No hay *metempsicosis* sino *metamorfosis*.

Los animales cambian, toman y abandonan sólo partes. Esto ocurre poco a poco y según pequeñas porciones insensibles, pero en forma continua, en la nutrición; y de golpe, de manera notable, aunque raramente, en la concepción y en la muerte, cuando adquieren o pierden todo a la vez.

§ 7. Hasta aquí sólo hemos hablado como simples *físicos*: ahora debemos elevarnos a la *metafísica* valiéndonos del *gran principio* habitualmente poco empleado, que sostiene *que nada se hace sin razón suficiente*, es decir, que nada ocurre sin que le sea posible al que conozca suficientemente las cosas dar una razón que baste para determinar por qué es así y no, de otro modo. Asentado este principio, la primera pregunta que tenemos derecho a formular será *por qué hay algo más bien que nada*. Pues la nada es más simple y más fácil que algo. Además, supuesto que deben existir cosas es preciso que se pueda dar razón de *por qué deben existir así* y no de otro modo.

§ 8. Ahora bien, no se podría encontrar esta razón suficiente de la existencia del universo en la serie de las cosas contingentes: es decir en los cuerpos y sus representaciones en las almas. En efecto, la materia es en sí misma indiferente al movimiento y al reposo, y ante talo cual movimiento, no podemos encontrar la razón del movimiento y menos aún de tal movimiento determinado. Y aunque el movimiento presente, que está en la materia, proviene del precedente, y éste incluso de otro precedente, no hemos avanzado más aunque vayamos tan lejos como queramos: pues siempre queda en pie la misma pregunta. Así es preciso que la *razón suficiente*, que no necesita de otra razón, esté fuera de esta serie de cosas contingentes y se encuentre en una substancia que sea su causa y que sea un ser necesario que lleve consigo la razón de su existencia. De otro modo no tendríamos todavía una razón suficiente en que poder terminar. Y esta última razón de las cosas se llama *Dios*.

§ 9. Esta substancia simple primitiva debe encerrar eminentemente las perfecciones contenidas en las substancias derivativas, que son sus efectos. Así tendrá el poder, el conocimiento y la voluntad perfectos, es decir, tendrá una omnipotencia, una omnisciencia y una bondad soberanas. Y como la *justicia*, considerada con mucha generalidad, no es más que la bondad conforme a la sabiduría, es preciso que haya también una justicia soberana en Dios. La razón, que ha hecho que las cosas existan por El, ha hecho incluso que dependan de El cuando existen y operan; y las cosas reciben continuamente de El aquello que poseen de perfección. Pero lo que les queda de imperfección proviene de la limitación esencial y original de la criatura.

§ 10. De la perfección suprema de Dios se sigue que al producir el universo haya elegido el mejor plan posible en el que existe la mayor variedad con el mayor orden; donde el terreno;

el lugar, el tiempo están mejor dispuestos, el efecto mayor está producido por las vías más simples y existe en las criaturas el máximo de poder, de conocimiento, de felicidad y de bondad que puede admitir el universo. Pues como todos los posibles pretenden la existencia en el entendimiento de Dios en la medida de sus perfecciones, el resultado de todas esas pretensiones debe ser el mundo actual más perfecto que sea posible. y sin esto no sería posible dar razón de por qué las cosas han ocurrido más bien así que de otro modo.

§ 11. La suprema sabiduría de Dios lo ha hecho elegir sobre todo las *leyes del movimiento* mejor ajustadas y que mejor convienen a las razones abstractas o metafísicas. En ellas se conserva la misma cantidad de la fuerza total y absoluta o de la acción; la misma cantidad de la fuerza respectiva o de la reacción; la misma cantidad, por fin, de la fuerza directiva. Además la acción es siempre igual a la reacción y el efecto íntegro siempre equivale a su causa plena. Es sorprendente que mediante la sola consideración de *las causas eficientes* o de la materia, no podamos dar razón de esas leyes del movimiento descubiertas en nuestro tiempo y parte de las cuales he descubierto yo. Pues encontré que había que recurrir a *las causas finales* y que estas leyes no dependen en absoluto del *principio de la necesidad*, como las verdades lógicas, aritméticas y geométricas, sino del *principio de la conveniencia*, es decir, de la elección de la sabiduría. Y esta es una de las pruebas más eficaces y concretas de la existencia de Dios para los que quieren profundizar estas cuestiones.

§ 12. Incluso de la perfección del autor supremo se sigue que no sólo el orden total del universo es el más perfecto que pueda darse, sino también que cada espejo viviente que representa al universo según su punto de vista, es decir, cada mónada, cada centro substancial, debe tener sus percepciones y sus apetitos regulados del modo más compatible con todo el resto. De donde se sigue incluso que las *almas*, es decir, las mónadas más dominantes, o mejor aún, los animales mismos, no pueden dejar de despertarse del estado de adormecimiento en que pueda sumirlos la muerte o algún otro accidente.

§ 13. Pues en las cosas todo está regulado de una vez para siempre con tanto orden y correspondencia como es posible, pues la suprema sabiduría y bondad no puede actuar sino con una perfecta armonía: el presente está grávido del porvenir, el futuro se podría leer en el pasado, lo alejado se expresa en lo próximo. Podríamos conocer la belleza del universo en cada alma si se pudieran desarrollar todos sus pliegues que

sólo se desenvuelven sensiblemente en el tiempo. Pero como cada percepción distinta del alma comprende una infinidad de percepciones confusas que envuelven todo el universo, el alma misma sólo conoce las cosas que puede percibir en tanto posee percepciones distintas y destacadas y tiene perfección en la medida en que posee percepciones distintas. Cada alma conoce el infinito, conoce todo, pero confusamente; como al pasearme a orillas del mar y oír el estruendo que produce, oigo los ruidos particulares de cada ola de que está compuesto el ruido total, pero sin discernirlos. Nuestras percepciones confusas son el resultado de las impresiones que produce en nosotros todo el universo; lo mismo ocurre con cada mónada. Sólo Dios tiene un conocimiento distinto de todo: pues El es su fuente. Se ha dicho muy atinadamente que como centro está en todas partes pero que su circunferencia no está en ninguna, pues todo le es inmediatamente presente sin ningún alejamiento de ese centro.

§ 14. Respecto del alma razonable o *espíritu* hay en él algo más que en las mónadas o en las simples almas. No es sólo un espejo del universo de las criaturas sino incluso una imagen de la divinidad. El espíritu no tiene sólo una percepción de las obras de Dios sino que incluso es capaz de producir algo que se *le* parece aunque en pequeño. Pues, para no decir nada de las maravillas de los sueños en que inventamos sin esfuerzo (pero también sin quererlo) cosas en las que tendríamos que pensar mucho para encontrarlas en vigilia, nuestra alma es arquitectónica incluso en las acciones voluntarias; y cuando descubre las ciencias según las cuales Dios ha regulado las cosas (*pondere, mensura, numero, etc.*) nuestra alma imita en su ámbito y en su pequeño mundo, en el que puede obrar lo que Dios hace en el grande.

§ 15. Por esto todos los espíritus, sea de los hombres, sea de los genios, al entrar en una especie de sociedad con Dios en virtud de la razón y de las verdades eternas, son miembros de la ciudad de Dios, es decir del estado más perfecto, formado y gobernado por el mayor y el mejor de los monarcas, en el que no hay crimen sin castigo, ni buenas acciones sin recompensa proporcionada y, finalmente, tanta virtud y felicidad como sea posible. Y esto no mediante una alteración de la naturaleza, como si lo que Dios prepara para las almas perturbara las leyes de los cuerpos, sino por el orden mismo de las cosas naturales, en virtud de la armonía preestablecida desde todo tiempo, entre los reinos de la naturaleza y de la gracia, entre Dios como arquitecto y Dios como monarca: de manera que la naturaleza misma conduce a la gracia y la gracia perfecciona la naturaleza valiéndose de ella.

§ 16. Así, aunque la razón no nos pueda enseñar el detalle del vasto porvenir, reservado a la revelación, esta misma razón nos asegura que las cosas están hechas de manera tal que excede nuestros deseos. Puesto que Dios es también la más perfecta y la más feliz, y por tanto la más amable de las substancias, y puesto que el *amor puro y verdadero* consiste en el estado que nos hace gustar el placer en las perfecciones y en la felicidad de lo que se ama, ese amor nos debe proporcionar el mayor placer de que seamos capaces cuando Dios es su objeto.

§ 17. Y es fácil amarlo como se debe si lo conocemos como acabo de decir. Pues aunque Dios no sea sensible a nuestros sentidos externos, no deja de ser muy amable y de procurar un placer muy grande. Vemos cuánto placer producen los honores a los hombres aunque no consisten en cualidades de los sentidos exteriores. Mártires y fanáticos muestran lo que puede el placer del espíritu por más que la afección de estos últimos esté mal regulada. Y lo que es más, los placeres mismos de los sentidos se reducen a placeres intelectuales confusamente conocidos. La música nos encanta, aunque su belleza sólo consiste en el concierto de los números y en la cuenta de los latidos o vibraciones de los cuerpos sonoros que se siguen a intervalos determinados, cuenta de la que no nos apercibimos y que el alma no deja de realizar. El placer que la visión encuentra en las proporciones es de la misma naturaleza y los que causan los demás sentidos vienen a ser algo semejante, aunque no lo podamos explicar con tanta distinción.

§ 18. Incluso se puede decir que desde ahora el amor de Dios nos hace saborear un pregusto de la felicidad futura y aunque sea desinteresado, constituye por sí mismo nuestro bien mayor y nuestro más grande interés, incluso aunque no lo buscáramos y sólo consideráramos el placer que nos proporciona, y no la utilidad que produce. Pues infunde en nosotros una perfecta confianza en la bondad de nuestro autor y señor, la que produce una auténtica tranquilidad de espíritu, no como los estoicos, resueltos a ser pacientes por la fuerza, sino por un contento presente que nos asegura incluso una felicidad futura. Y además del placer presente, nada podría ser más útil para el porvenir. Pues el amor de Dios colma incluso nuestras esperanzas y nos conduce por el camino de la suprema felicidad ya que en virtud del orden perfecto establecido en el universo todo está hecho del mejor modo posible, tanto para el bien general como también para el mayor bien particular de aquellos que están convencidos y contentos del divino gobierno,

lo cual no podría faltar en quienes saben amar la fuente de todo bien. Es verdad que la suprema felicidad (cualquiera sea la *visión beatífica* o conocimiento de Dios de que esté acompañada) jamás podría ser plena, porque como Dios es infinito no puede ser conocido totalmente. Así nuestra felicidad nunca ha de consistir, y no debe consistir en un goce pleno en el que no haya nada que desear y que vuelva estúpido a nuestro espíritu, sino en un progreso perpetuo hacia nuevos placeres y nuevas perfecciones [*Escritos Filosóficos*, pp.597- 606; trad. de Ezequiel de Olaso, Ed. Charcas. Buenos Aires 1982].